

CIEN MIL PALABRAS, de *Jacobo Nazaré*.—Editorial Zig-Zag

Hace algunos años leímos su primera novela: «Más de una mujer». Gustábamos de su lectura a pesar del desconcierto que nos produjo. La acción era original. El desarrollo, la forma de su construcción era una novedad. Hoy con sus «Cien Mil Palabras», nos produce la misma desorientación.

Jacobo Nazaré demuestra poseer una imaginación ancha y vivaz. Su estilo fresco mantiene el espíritu siempre alerta. Cientos de imágenes y giros poéticos aparecen dando vida al relato. Es una maravilla cómo el escritor juega con sus personajes. Es un juego que a veces divierte. Pero jamás cae en lo superficial. Sutilmente y con facilidad nos conduce a la meditación. Hay problemas actuales en este libro: arte, sociología, administración, política, etc. La manera de tratarlos y la descripción de los sucesos resultan provechosos y a la vez llenos de amenidad. Los personajes aparecen como muñecos en las primeras páginas. Caminan sin sentirse y a voluntad del autor. Más adelante cobran un sentido real y humano. Se les ve actuar como a seres que nos rodean corrientemente. Unos llenos de ideales políticos, otros de pasiones violentas. Bien, dentro de una vida sencilla, sin afanes e intereses o bien guiados por ambiciones.

«Cien Mil Palabras» es una novela actual, tanto por su estilo como por su fondo. La vida ciudadana aparece en cuadros sucesivos. Vida obrera y burguesa, política, lucha social. Todo tratado varonilmente. La realidad chilena surge sin misterios. He aquí lo que dice uno de sus personajes, sobre un problema palpitante de nuestros días: «Esos aumentos saldrán de un alza de las mercaderías. La moneda sigue en el suelo. El aumento de exportación inconsulta es un contrabando. Los ca-

pitalistas son extranjeros en su mayoría, ellos gobiernan, indirectamente, en la fábrica, en el comercio y en la propaganda, y van en camino de gobernar directamente, con sus instrumentos humanos de complicidad política, a los asalariados, que son los nativos, destinados por la fuerza de las cosas, a obedecer. Esta corrupción política es consecuencia y causa de la decadencia material. Si no tenemos elementos de trabajo propios, seremos siempre una masa de asalariados por el capital extranjero y por el capital nacional supeditado a las tendencias internacionales del capitalismo... ¡Un país de exportación! Se sancionan proyectos con fines electorales. Un Congreso, con mayoría de la clase capitalista, que se ingenia para mantener las apariencias legislativas democráticas».

Jacobo Nazaré ha sido periodista. Veamos lo que dice respecto a esta materia: «Duermo poco, escasamente cinco horas. El resto del tiempo no es puro trabajo; es, más bien, asistencia al trabajo; contemplo lo que se hace a mi alrededor, hago deducciones imbéciles sobre el trabajo vendido. El periodismo es una cloaca donde se resume toda la porquería de nuestra época: se ve reflejada la corrupción, la deliberada mala fe del sistema social».

Barrac, el principal de los personajes, se le ve caminar. Es un hombre de acción. «Antes de ir al diario en que trabaja, camina de una a otra calle, sin darse prisa, mirando los escaparates, observando las vitrinas, las mujeres, los hombres, pobres y ricos, los mendigos. Se queda aterrado ante las precoces muchachitas que insinúan algo con la mirada brillante y afebrada y sus movimientos bajo los harapos, mientras sus labios delgados, incoloros, ruegan. Aquello le hiela la sangre. Hombres habían en los bares que, por unas monedas espantaban su ebriedad manoseándolas». Esto lo hemos visto corrientemente. Es un boceto bien logrado. Sencillez y precisión. Ahora veamos su mirada hacia los bares: «Algunos edificios altos recortan la ciudad por cada punto cardinal. Las calles centrales tienen la

claridad de un día de invierno. Los transeuntes producen, por su despreocupación, la idea de seres satisfechos. Las mamparas de los bares juegan con violencia al paso de los concurrentes. En los interiores, entre una espesa humareda, se siente el golpeteo de los «cachos» y el correr de los dados. En las veredas las mujeres jóvenes, enganchadas de los brazos, desfilan en una procesión. Jovencitos pequeños, con anchos hombros de sastrería, las siguen como falderillos». Nazaré que ha vivido la vida nocturna, nos entrega, como lo transcrito anteriormente, reales y bellos cuadros nocheriegos.

La acción de su novela es discontinua. Ha tomado la realidad y el subconsciente. Así se explica la desorientación que produce a veces. Pero cada trazo es una bella descripción, una inteligente mirada observadora. «Cien Mil Palabras» es la vida novelada de la ciudad. Jacobo Nazaré seguirá conservando su prestigio y se le ha de considerar por el fondo de su obra y por su dominio literario como uno de nuestros escritores de mayor relieve.—FRANCISCO SANTANA.



LA LLAMA, novela de *Lautaro Yankas*.—Nascimento. Santiago, 1939

Lautaro Yankas ha tratado de superarse en esta novela y es grato declarar que lo ha conseguido, aunque no en toda la amplitud y profundidad que deseamos para él en cuanto a escritor y para su obra de novelista, especialmente. Debemos sí, reconocer que este noble esfuerzo de superación ha sido coronado por el más completo éxito en lo que se refiere al estilo, pues ha logrado pulimentar su prosa, haciéndola a la vez más plástica, más rica en matices emocionales y con más poder de sugerencia dentro de la continuidad episódica del relato. Ha dejado también de lado una serie de frases, a las cuales durante